



Los refugios unipersonales que caracterizaban las aceras de Hanoi han sido rellenos de tierra al cesar los bombardeos. Pero, según el alcalde de la capital norvietnamita, volverían a estar listos en menos de dos horas, si fuera necesario.

Revolucionario Provisional y los norvietnamitas: aquéllos acusaban a éstos de haber aceptado la tregua y las bases del tratado según su propia conveniencia. Los combatientes del Gobierno Revolucionario Provisional eran más radicales y entendían que la continuación de la guerra hubiera conducido finalmente a la caída definitiva de Thieu y a la aislación directa en Saigón de un gobierno popular. Puede que no fueran descaminados. De todas formas, ese enfrentamiento, si realmente lo hubo, no sobrepasó las áreas locales.

DE lo que cabe poca duda es de que son ahora las partes esenciales del combate, el Grupo Revolucionario Provisional y Saigón, los que se encuentran frente a frente, en el terreno de combate y en la mesa de conferencias. Los tratados se han cumplido en todo lo demás, y el balance que puede hacerse ahora, a los dos meses del alto el fuego, es el que queda enunciado. La sensación que da es que todo el montaje se ha hecho principalmente para justificar la retirada de los Estados Unidos y la recuperación de sus prisioneros sin «pérdida de cara», como tanto se ha dicho —¿dónde estaba ya, a aquellas alturas, la cara de los Estados Unidos!—, y de forma que pueda seguir manteniendo en el futuro su influencia, aunque vaya a estar compartida con otras naciones. Con Japón, desde luego, y con China y la URSS.

EL futuro inmediato resulta más difícil de predecir que el lejano. A largo plazo se puede adivinar una reconciliación nacional vietnamita, bajo un régimen democrático y un gobierno de coalición; a largo plazo, a mucho más largo plazo, se ve que Indochina entera puede estar reunificada bajo un régimen cuya forma sería ahora muy difícil de definir, pero que no será inmediatamente comunista: una especie de socialismo de transición. Pero a corto plazo, entre aquí y junio, no se sabe lo que puede suceder: quizá combates, quizá mucha más violencia, incluso la posibilidad de que los bombardeos americanos se reanuden durante algún tiempo. Hasta que las cosas vuelvan a ser como las tienen planeadas las grandes potencias mundiales. Más o menos.

ITALIA

EL CONVENIO DE LOS METALURGICOS

Tras ciento sesenta horas de huelgas «articuladas» en las fábricas metalúrgicas italianas, tras seis meses de luchas, diez manifestaciones, tres conferencias y un mes de negociaciones, un millón y medio de metalúrgicos italianos dan un suspiro de alivio.

Su sindicato, la Federación Unificada de Metalúrgicos (FLM), acaba de obtener, al menos por lo que se refiere a las industrias estatales, algo que ningún gobierno europeo había concedido hasta ahora: treinta y nueve horas de trabajo por semana en la siderurgia, un aumento uniforme de salarios, del orden de las 1.600 pesetas, y una escala fija y única de remuneraciones para obreros y empleados. Este último punto es especialmente revolucionario, pues hasta ahora, el corporativismo obrero y el del sector «terciario» habían sostenido duelos a muerte cada vez que surgía algún conflicto.

La lucha ha sido ejemplar (movimientos huelguísticos, seguidos por un 90 por 100 de los obreros), y las negociaciones, también: los

dirigentes discutían con el ministro de Trabajo, mientras que, en una habitación contigua, trescientos delegados de las fábricas se turnaban día tras día para escuchar los informes de sus dirigentes. Ahora sólo queda negociar un contrato (convenio colectivo) con la industria privada. La resistencia de los patronos no podría ser más encarnizada: en seis meses, los «privados» han despedido a cerca de dos mil trabajadores.

Pero la F. L. M. ha tomado dos importantes iniciativas: montar en cada ciudad, próxima a alguna empresa metalúrgica, una tienda de lona en la plaza central, para explicar a los demás trabajadores y al resto de la población las razones de la lucha de los metalúrgicos; ocupar durante veinticuatro horas los fines de semana todas las fábricas para abrirlas al mundo exterior, a los estudiantes, a los parados, a los comités de barrios, a los trabajadores de otros sectores.

El convenio de 1973 de la industria metalúrgica italiana puede servir de ejemplo para toda Europa.

TURQUIA

MILITARES Y CIVILES

Once veces, durante cerca de un mes, han votado ya los parlamentarios turcos para elegir nuevo presidente de la República, y, hasta ahora, ningún candidato ha encontrado la mayoría absoluta. Es un problema entre militares y civiles.

Turquía es una encrucijada de problemas. Los tiene muy profundos, económicos y sociales (es el país más subdesarrollado de la OTAN); sus intereses son mitad europeos, mitad asiáticos; país fronterizo de la guerra fría, tiene a la URSS como vecino poderoso y a los Estados Unidos como huéspedes militares. Todo este tipo de contradicciones se congela con una dictadura fuerte: la de Menderes fue feroz, y las contradicciones pudieron más que él: murió ahorcado. Turquía pensó que podría entonces entrar en la democracia, la coexistencia y el desarrollo. Nada menos cierto. Su situación seguía siendo clave, y las reivindicaciones sociales se confundían fácilmente con comunismo, y podían ser atribuidas a «influencias exteriores». A las manifestaciones de petición de aumento de salarios se respondía con la proclamación del estado de sitio, y a éste, con el terrorismo, la guerrilla urbana y los secuestros. En marzo de 1971, el ejército dio medio golpe de Esta-

do: esto es, empujó a los civiles a que resolvieran la situación con la amenaza alterna de tomar el poder. Cayó el gobierno de Demirel (partido de la Justicia), se formó un gabinete de técnicos y comenzó la represión: centenares de detenciones, periódicos suspendidos, partidos fuera de la ley, penas de muerte cumplidas (a pesar de las protestas mundiales, en algunos casos). Terminó el terrorismo, terminó la agitación social, aunque no terminaran sus causas profundas.

Al terminar el mandato presidencial de Sunay, los militares decidieron presentar su propio candidato. El general Gurler dimitió de su puesto de jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, fue nombrado senador por el presidente saliente, y reunió así las condiciones civiles necesarias para la presidencia. Pero Demirel —el hombre que fue derribado por el golpe de Estado— decidió presentar un candidato de su partido, el presidente del Senado, Tekin Arburun, a pesar de estar vetado por los militares. En las sucesivas votaciones, Arburun ha obtenido siempre más votos que el general Gurler, pero no los suficientes (no la mayoría absoluta) para ser elegido. El Parlamento repite una y otra vez sus votaciones (la elec-



El general Sunay.

ción la hacen las dos Cámaras reunidas en Parlamento) y no resuelve la situación. Mientras tanto, Sunay ha llegado a la fecha límite, y Ariburun ocupa la presidencia interinamente (en razón de su cargo de presidente del Senado) hasta que la situación se resuelva.

Los militares podrían presionar, evidentemente, pero ocurre que no todos están de acuerdo con la candidatura de Gurler. Se oponen principalmente el jefe de la Aviación, Batur; fue partidario absoluto de Gurler, pensando en que le sustituiría como jefe de Estado Mayor; cuando otro fue nombrado, Batur se declaró enemigo de Gurler, hasta el punto de que el día en que Sunay en-

tregaba los poderes presidenciales, la Aviación voló por encima del palacio para advertir que no toleraría ningún acto de fuerza. La Marina (el almirante Kayaçan) está de acuerdo con la Aviación. Otras soluciones han sido rechazadas. Una de ellas, la prolongación constitucional del presidente Sunay. Otra, someter la cuestión a un referéndum popular. Apunta, como siempre en las crisis turcas, la figura de Ismet Inonu, "padre de la patria", que fue el brazo derecho de Kemal Atatürk, que manifestó su oposición al golpe de marzo de 1971. Ismet Inonu tiene ochenta y nueve años, y aún hace fogosos discursos en el Senado.

El puesto de presidente no es decisivo en Turquía, donde el poder reposa en el jefe de gobierno. Pero el presidente de la República puede ser ahora un árbitro entre los civiles y los militares, y puede restaurar la imagen perdida de la democracia: es el encargado de las elecciones de octubre, las primeras después del golpe, y de nombrar jefe de gobierno tras ellas. Demirel espera que obtendrá, entonces, el poder. Los militares tratan de evitarlo, pero no desean mantener la imagen de una dictadura, sobre todo en el exterior, sino la de que aceptan las reglas del juego democrático. Una gran parte de los militares turcos lo desean así sinceramente. Es un ejército mucho más abierto que el griego.

Desde entonces, frente al descontento y a la agitación estudiantil, alternando la mano dura con el soborno, el régimen ha multiplicado sus muestras de torpeza.

Al decidir anular arbitrariamente las prórogas de los dirigentes estudiantiles y decretar su inmediata incorporación, el gobierno de los coroneles cometió un grave error. Al enviar después a sus policías a los campus universitarios para que golpearan sin piedad a los estudiantes, el régimen no hizo sino echar más leña al fuego.

La revuelta estudiantil se propaga como el fuego. El movimiento, que se inició en el Instituto Politécnico de Atenas, se ha extendido por varias Universidades de provincias. Los enfrentamientos entre policías y estudiantes son cada vez más sangrientos. Pero la represión, los arrestos, las «desapariciones» y las condenas no sirven de nada. «La lucha continúa». Y la consigna no tiene ya nada de corporativista: «Eleutheria», Libertad.

Se trata del primer golpe serio asestado al régimen de Atenas desde el golpe de Estado de abril de 1967. No es que el gobierno de los coroneles esté a punto de caer por culpa del movimiento estudiantil: unos miles de estudiantes desarmados no van a derrocar una dictadura militar. Pero algo ha cambiado. Y el problema griego se plantea en términos nuevos.

Hasta finales del año pasado, Papadopoulos podía ufarse legítimamente de estar a la cabeza del país tranquilo del mundo occidental. No había agitación laboral. No había huelgas (están

prohibidas). Sin grandes riesgos, el jefe de la junta podía permitirse el lujo de dárseles de coronel «liberal» y bonachón que pone en libertad a aquellos adversarios políticos que ya no le inspiran ningún temor.

La gran masa de la población griega parecía conformarse con la dictadura militar. Los coroneles habían cumplido la promesa de «poner la casa en orden». La administración se había vuelto más eficaz; la corrupción parecía haber desaparecido. Los negocios iban bien. Los paisanos (el 40 por 100 de la población) habían acogido favorablemente la anulación de las enormes deudas por ellos contraídas con el Estado. La burguesía se enriquecía gracias a una política de créditos muy liberal y a un régimen fiscal favorable a las inversiones. Frente a una cartera bien henchida de billetes, el concepto inmaterial de libertad apenas tiene peso.

En cifras globales, el crecimiento económico griego ha sido, en efecto, espectacular: el índice de crecimiento del 10,5 por 100 registrado por Grecia en 1972 supera el de cualquier país industrializado de Europa. El producto nacional bruto ha pasado de 42.000 pesetas por habitante a 72.000 en 1972. La prosperidad ha tapado la boca a muchos críticos del régimen. El terror y la tortura han hecho el resto.

Pero si los métodos policíacos son eficaces, el éxito económico es frágil. La inflación no perdona ni a Grecia. Los precios no se controlan como se controla un batallón. Esto lo saben los coroneles desde hace meses por propia experiencia. El precio de la carne ha aumentado en un año un 40 por 100.

Paralelamente, la «incorruptibilidad» de los coroneles se debilita al contacto con el poder. Ya está instalándose una nueva burocracia. Lo que no debía ser más que un «régimen transitorio» se transforma poco a poco en un régimen permanente. En su último discurso, Papadopoulos ha dejado para las calendas griegas un posible retorno a la democracia.

Por todos estos motivos, la relativa indiferencia de la población se transforma poco a poco en descontento. Predecir el fin de la junta sería prematuro. Los coroneles de Atenas no han hecho nunca demasiado caso de la voz del pueblo. Pero si otros

GRECIA

EL DESAFIO DE LOS ESTUDIANTES

Estaba considerada como sensata y dócil, era una juventud mimada por los coroneles de la de los estudiantes de Atenas, de Salónica, de Patras... Concediéndole indudables privilegios materiales, el régimen habría creído ganarla para su causa, por interés ya que no por sentimiento. Fiel a la imagen «liberal» que se esfuerza en atribuirse a sí mismo, el primer ministro, Georges Papadopoulos, había concedido a los estudiantes cierta autonomía aparente. Pero fiel también a sí mismo, Papadopoulos no pudo evitar el trazar las elecciones para representantes estudiantiles con el fin de colocar a «soplonés» en los puestos clave. Esto ocurrió el pasado mes de noviembre. Fue el comienzo de la revuelta.



Durante un aniversario de la subida al poder de los coroneles, el primer ministro griego, Papadopoulos, ejecuta una danza típica en compañía de los «evzones» o guardias reales.